

Casa, le extrañaron de ella: pero aquí vivió su espíritu, porque su espíritu vivía en todas partes donde se rindiera culto a nuestro pasado, se laborase por nuestro presente y se preparara nuestro porvenir. Y si esta Sociedad ha querido, en su incompleta galería de retratos, perpetuar, cuanto pudo, la fisonomía y el apellido de los varones ilustres que enaltecieron el nombre de Murcia, y así lo ha procurado y conseguido, con una sola excepción que mi alma deplora y agradece a la vez con gratitud inmensa, la figura del sabio, del bueno, del murciano por excelencia, no puede faltar más tiempo de este modesto, pero honrosísimo relicario de recuerdos y homenajes para los que encarnaron nuestro pasado.

Baquero, sembrador desde su Cátedra del Instituto, de bella y limpia literatura: Alcalde modelo de la Ciudad: luchador formidable en pro del régimen secular de prerrogativas y derechos de los riegos en el Congreso de las inundaciones y en los Juntamentos de regantes de nuestro río: Baquero, gestor celosísimo, intransigente, de los bienes de Enseñanza, patrióticamente reivindicados por beneméritos gobernantes murcianos, y creador con ellos, de Escuelas Graduadas y Museos: Baquero, precursor de las novísimas Confederaciones Hidrográficas en el Sindicato Central de riegos del Segura, que propulsó con su autoridad indiscutible y reglamentó con su profunda sabiduría, fundiendo *a nuestra medida*, en una fórmula de armonía y de paz, la constante querrela de los contrapuestos intereses: Baquero, tutor providente de la Universidad murciana, bien nacida de un movimiento de la opinión pública, bien salvada en memorable noche parlamentaria, del naufragio, por el esfuerzo de otro ilustre murciano, que puesta en sus manos fué para que él le extendiera acta de nacimiento en aquel maravilloso discurso, *carta magna* de nuestro murcianismo, anhelante de que nuestra Madre Murcia se

